

¿HAY ALGO MÁS FANTÁSTICO SOBRE LA FAZ DE LA TIERRA?

LA CHACRA DE MAÍZ

Danilo Sánchez Lihón

*“Un picaflor dorado
juega en el aire”*
José María Arguedas

1. Eso ocurre en el mes de mayo, cuando el maíz tiene choclos

- Mañana vamos a Chacomás.
- ¡Sí, mamá! –gritamos de entusiasmo–. ¡A Chacomás! ¡A Chacomás!

Eso ocurre en el mes de mayo, cuando ya el maíz alcanzó su altura, ha echado hojas fuertes y tiene choclos, aquellos frutos albos, graneados y espléndidos, verdaderos milagros de la creación donde se contienen los ríos, el sol, la savia de la tierra y las nieves eternas.

Para nosotros es motivo de algarabía preparar los atuendos. Juntamos la ropa de campo, frazadas para las camas, pañales y biberón de la hermanita tierna; hacemos atados de arroz, azúcar, sal.

Y yo voy a pedir prestado el burro del tío Pablo Segura para que nos alivie con la carga de las alforjas. Y monte sobre él alguien que se haya cansado en el camino.

No olvido mis anzuelos para pescar truchas en el río, mi trompo y mi talega de bolitas y uno que otro cachivache de niño.

Y nos dormimos con la ilusión del día venidero.

2. Amanecer en los caminos

Al amanecer ya escucho el restallar del fuego en la cocina de leña. Y el chasquido de alguna fritura en la casuela. Entonces me tiro de la cama y aparezco en la cocina intentando mirar a través del humo y el sol que ingresa por la puerta, la ventana y los agujeros de la pared y el tejado.

- ¿Haces relleno y chorizo con papas sancochadas, mamá?
- Sí; como a ti te gusta.
- ¿Si vamos al cielo, mamá, allá se podrá cocinar lo mismo?
- Anda saca el pan de la canasta y también haces un atado para llevar. También pones bizcochos.

Ya en el camino el aire es diáfano y bajo el cielo de un azul primitivo se abre la hondonada con los campos sembrados de confín a confín hasta la lejanía. Las hojas y flores aún están perladas de rocío. Y hasta las pencas y magueyes vienen a revolotear las mariposas y las aves, ataviadas de pedrería, y a entonar su canto primordial.

Todo se despierta: el río lejano, las piedras, los nevados con su luz inmarcesible.

3. En el telón oscuro de la banda de enfrente

La permanencia en la chacra es de algunos días, época en la cual para mí todo es nuevo, distinto y hasta mágico.

Desde la madrugada ya hay voces en la cocina: de mi madre, de la abuela que ha venido con nosotros y de la gente del campo que se afanan en una y otra tarea.

- ¡Adelaida, tráeme agua del pozo!
- ¡Anselmo, espanta esas gallinas!
- ¡Pon a cocinar esos choclos!

Despunta aún el sol en los cerros y ya tiritito de frío afuera en la explanada, viendo a las aves picotear en el campo, al borrego masticar un poco de ramas, o al pollino sacudirse las orejas.

El sol amarillento del amanecer alumbrando apenas la cumbre de los cerros, cuando bajo a jugarle ñuñas a Anselmo, que con sus manos amoratadas las hace rodar hacia unos pocitos y otras veces se pierden por las ranuras de la tierra resquebrajada del patio.

Cerca hay un poyo, en donde sentados por las noches sentados nos entretenemos viendo las luces de las casas lejanas que se encienden en el telón oscuro de la banda de enfrente. Y de los faros de algún camión que viene o va a Angasmarca, regando sus haces de luz por lomas, quebradas y cerros.

4. Lo más fantástico sobre la faz de la tierra

De esas excursiones de familia lo que más recuerdo, impresionado, es lo que se encuentra, observa y vive en una chacra de maíz.

Queda al frente de la casa. Prácticamente empieza a unos pasos del poyo donde juego y allá entramos.

La chacra de maíz es un universo fastuoso, o varios universos, o muchos universos juntos. Es lo más fantástico y fascinante que puede haber sobre la faz de la tierra.

Al ingresar, hay un ruido y zumbido atronador de insectos y abejorros. Cruzan mosquitos, libélulas, moscardones; cada quien con su sonido, compás y propósito.

Hilos de arañas penden de uno a otro tallo. Ellas se columpian, negras o marrones, en el aire, o corren presurosas haciendo o deshaciendo su tejido espeluznante, con una hebra de plata, fina e impoluta, como un rayo de luz, poniendo aquí y allá una filigrana de oro y esmeraldas.

Pero he aquí el saltamontes, que cruza trizando el vidrio de nuestros ojos y luego se queda quieto, inexistente, como una rama seca y quebrada sobre la caña jugosa.

– ¡Mira aquí! –me dice Adelaida, la hija del alpartidario, con sus ojos transparentes.

Revolotean las mariposas rojinegras que hacen sus arabescos; ora bajando a ras del suelo, ora escabulléndose entre uno y otro tallo.

5. Nace a la luz del sol una criatura divina

Pero dejemos por un momento el rumor de torrente y cascada de los abejorros y cojamos un maíz tierno.

Al mover la caña ha caído una pelusilla nacarada que, como comprobamos

luego, son minúsculos animalillos que vuelan. Son pólipos en millares de grumos.

Pero aquí está el bulbo feraz del maíz que derrama su barba perlada sobre las hojas de panca, como si estallara de gozo.

Al coger las puntas y rasgarlo, aparece la ubre de oro y plata de los granos, como si naciera a la luz del sol una criatura divina.

¡Qué ángel no envidiaría el cabello que lo corona! ¿Y, qué hija de rey no anhelaría los dientes translúcidos de su mazorca? La envoltura es tibia, tersa, entrañable.

Pruebo a rozarlo por mi mejilla, mirando a la Adelaida que estalla de risa y se burla de mi asombro.

6. Cuando abren sus vainas parecen derramarse como gotas de leche

Pero en una chacra de maíz no solo hay frutos de maíz.

En ella crecen también las arvejas, que se enredan en torno a los tallos y dejan colgar sus hojas amarillo-suaves, sus vainas agraciadas y su flor cristalina.

¡Y la variedad de ñuñas para nuestros juegos!

Las hay blancas, que cuando abren sus vainas parecen derramarse como gotas de leche; las vaquitas, que son redondas y jaspeadas de negro y blanco.

Las ñuñas canastitas, como rociadas de nácar y naranja; las que llamamos pintadas, y que son de todos los colores.

En las chacras de maíz abundan también los zapallos, con tallos velludos que parecen largos gusanos, cuyas hojas alfombran el suelo, en donde alguien puede esconderse y...

– ¡Zas!..., –nos asustan cuando pasamos a su lado, como hace conmigo la Adelaida riéndose y corriendo a que no la alcance entre las cañas.

7. Mientras la madre se empina encrespada

Emociona encontrar las calabazas rebosantes, abrazarlas y alzarlas pulidas como son, hasta traerlas a los pies de la mamá que cocina. Si hay una piedra y

la levantamos, debajo pululan las hormigas, las gusarapas, larvas de diverso tipo, y los gorgojos.

Pero hay también unas plantitas pegadas al suelo, que se alzan de a pocos y tienen una raíz transparente y jugosa que se hunde en la tierra. Es una especie de tubérculo que, ayudados por un palo o estaca, se levanta y sale como si fuera una zanahoria blanca y transparente. En Santiago de Chuco los llamamos “culos fríos”. Son sabrosos al paladar, jugosos para la sed, dejan un sabor dulce en la lengua y una sensación diáfana de aire y agua en todo el cuerpo.

Pero la sorpresa mayor son los nidos de pájaros. Toda clase de gorriones que chillan desesperados mientras la madre se empina encrespada en la rama de un árbol lanzándonos terribles pídidos y amenazas.

A cada paso hallamos nidos de torcazas, algunos con dos o más huevos extasiados; otros con la paloma ovando y que sale aturdida y se posa en la rama más próxima a decirnos: “¡Qué diablos pasa!”. Otros con los polluelos que abren los picos enrojecidos. Los hay también con huevos de perdices, pichones de tordos, huevitos de chisteros y santarrosas.

¡Abundan también los nidos de ratones, de ratas y hasta de humores!

8. Florece la quinua, que la siembran para engañar al zorro

En una chacra de maíz se cosechan además habas, las que vamos juntando en sus vainas y llenando con ellas una alforja. A recogerlas en un borde de su pollera, han enviado a la Adelaida, que ahora se demora por reírse conmigo.

Las habas verdes son dulces en la boca y sus flores blanco–azuladas son hermosas.

– ¿Son lindas, no? –me dice al prenderlas en su negra trenza.

Pero ahí una planta de maíz nos tienta con su caña azucarada. La partimos y la pelamos con los dientes. La caña es jugosa. Pura miel.

Avanzamos masticándola, sacudiéndonos los sombreros de la pelusa que intenta metérsenos en los ojos. Ella tan linda con las mejillas coloradas por la luz del sol, y yo no saber cómo decírsele.

Rodeando la chacra florece la quinua, que la siembran para engañar al zorro, que al probarla se convence que lo que hay ahí es amargo, y entonces ya no entra, de lo contrario destrozaría el plantío de maíz, que es dulce.

9. ¡Ah, el maíz!, ¡padre tutelar de nuestra cultura

¡Mira! –dice mi acompañante– ¡Éste es el hueco de la culebra!

– ¿Hay también culebras aquí? –pregunto asombrado.

– ¡Claro! Pero en realidad es el demonio que sale y toma la forma de una mujer bonita, que no sabes quién es, y le haces caso. Y termina por robarte y llevarte al infierno de donde nunca más sales ni te suelta.

La miro. Y me tranquilizo, convencido que ella se parece más a un ángel.

Un picaflor dorado juega en el aire. Y la luna es apenas un retazo de nube blanca y redonda en la cúpula azul del firmamento.

En la noche busco sus ojos en un rincón de la cocina donde se hierve dulce de calabaza, se asan los choclos en la brasa, se sancochan las humitas y se sirven las habas verdes que ella y yo hemos desgajado de sus tallos y traído en la falda arremangada de su pollera de niña.

¡Ah, el maíz!, ¡padre tutelar de nuestra cultura y presencia amada de mi infancia.